

Ve en www.izquierdanacional.org: ★ El revisionismo científico y el panegírico rosista, por Roberto Ferrero ★ Documentos: El pensamiento socialista ante el derrumbe del stalinismo y las rivalidades interimperialistas, por Ernesto Ceballos, julio 1991 ★ ¿Fue fascista la Unión Soviética?, por Osvaldo Caello, Cuadernos de la Izquierda Nacional, diciembre 1991 ★ ¿Sigue vigente el pensamiento marxista?, por Gustavo Cangiano, Socialismo Latinoamericano, febrero 2002 ★ La lucha de clases en los orígenes de la nación inconclusa, por Honorio Díaz, Izquierda Nacional, julio 2007 ★ La revolución en Latinoamérica, por Aurelio Narvaja, Frente Obrero, septiembre 1945

SL SOCIALISMO LATINOAMERICANO

núm. 21 - año 3 - julio de 2011 - segunda época - \$1,00

IZQUIERDA NACIONAL ~ ARGENTINA

SON LOS TRABAJADORES, Y NO LOS K, QUIENES HABRÁN DE SUPERAR EL PERONISMO

Cristina Fernández dio un golpe de timón a su rumbo electoral, dejó a varios postulantes patas para arriba, e hizo encaramar en posiciones de privilegio a los nuevos favoritos de Palacio. Amado Boudou, formado en la Ucede y la ultraliberal CEMA, y virtual reencarnación de los ideales de los desaparecidos durante la dictadura, según la patética enunciación de Hebe de Bonafini, será su compañero de fórmula. Con puño de hierro, el círculo palaciego que opera desde la Secretaría Legal y Técnica de la Presidencia, resolvió la composición que tendrá el oficialismo en las cámaras de diputados y senadores de la nación, e incluso en algunas legislaturas provinciales a partir de diciembre. Muy atrás quedaron los reclamos de la CGT de ir con sus propios representantes a las futuras luchas legislativas. Apenas dos de sus candidatos quedaron con posibilidades de ser elegidos, mientras que otros dos de sus dirigentes más representativos renunciaron a la postulación luego de ser relegados a posiciones simplemente testimoniales. Este desplazamiento impactó también sobre las pretensiones de los intendentes de la provincia de Buenos Aires, reductos tradicionales del Partido Justicialista. En cambio, ganaron posiciones en las primeras filas los cuadros de probada fidelidad kirchnerista y los jóvenes de La Cámpora.

En su aspecto sustancial, estos cambios arrojan una conclusión: el kirchnerismo –cristinismo para algunos– ha decidido reforzar el componente pequeñoburgués del sistema de cuadros gobernantes en detrimento del partido y del movimiento obrero. Desde el advenimiento del menemismo, ese partido hace años que ha roto con el peronismo histórico, y se ha transformado en instrumento político de alguna de las facciones de clase que controlan el poder. El cuadro de los gobernadores petroleros o mineros, subordinados al interés de las corporaciones imperialistas es, entre otras manifestaciones, una ilustración viva del grado de descomposición que corroe la estructura de justicialismo.

El equilibrio de Kirchner

A su vez, el rechazo que sufrieron las pretensiones de la central obrera es indicativo del giro que pretende imprimir el kirchnerismo en su relación con el núcleo dirigente de la burocracia sindical. Esa relación constituyó un soporte central del programa kirchnerista, tanto en los años dorados que se prolongaron hasta el 2008, como en los que siguie-

Es la clase trabajadora, y no la pequeña burguesía progresista, la que constituye el eje de un gran realineamiento de masas, alistado para hacer frente a las exigencias de los monopolios y las presiones del imperialismo



ron a la ruptura con las patronales rurales y a la crisis capitalista internacional. La política de la dirección cegetista se transformó en un resorte de capital importancia en el proceso de ajuste de las demandas obreras a las exigencias del llamado modelo productivo. Durante su gobierno, Néstor Kirchner estableció un cierto equilibrio en el balance del poder, que le permitió desarrollar un programa que incluía los intereses generales de las grandes corporaciones petroleras y mineras, sojeras y agroindustriales, y con los grupos monopolísticos productores de insumos industriales básicos, sin convertirse en simple testaferro, como ocurrió con Menem respecto del capital financiero. Para alcanzar esa posición, desde la que negoció con las facciones más concentradas del capital, Kirchner centralizó e impuso un control rígido sobre los mecanismos administrativos del Estado y, al mismo tiempo, estableció un acuerdo con la dirigencia sindical que le permitió el apoyo del movimiento obrero, a cambio de una serie de concesiones que aumentaron el poder de la burocracia, pero que al mismo tiempo removieron los aspectos más retrógrados de la legislación laboral heredada del menemismo y de la Alianza.

A pesar de la tensión que encerraba la relación con una dirigencia cuyas organizaciones se habían fortalecido al igual que su ambición de poder, Kirchner mantuvo el equilibrio construido durante su gobierno hasta sus últimos días. Su muerte repentina alteró el balance del poder, ya inestable por la recalcitrante resistencia de la burguesía

a la intervención del Estado en asuntos que siempre consideró de su exclusivo dominio. Pero también la relación con la CGT se modificó. La interpretación que tiene Cristina Fernández y el círculo que la rodea, respecto del significado del vínculo que mantiene su gobierno con el grupo dirigente que encabeza Moyano, está enfocada desde una perspectiva diferente. A tal punto, que el jefe de la CGT tiene sus días contados, y que el reloj comenzará a correr a partir del 23 de octubre, si es que la Presidenta consigue su reelección.

Camporismo y kirchnerismo

Para los kirchneristas de paladar negro, las decisiones que acaba de adoptar Cristina Fernández se inscriben en un movimiento de superación del peronismo. En consecuencia, la comparación con el camporismo de los años setenta es obligada. Los jóvenes que, especialmente a comienzos de 1973, se habían volcado masivamente hacia el peronismo creían que el gobierno de Cámpora había sido llamado a realizar las grandes transformaciones que el país tenía pendientes, tras 18 años de gobiernos civiles y militares bajo la influencia de la oligarquía y el imperialismo. Cuando Perón regresó al país y la presión de la burocracia sindical y los dirigentes tradicionales del justicialismo precipitaron la renuncia de Cámpora, este desenlace que, más allá de los procedimientos palaciegos, abrió el camino a la tercera presidencia de Perón, fue visto por los jóvenes recientemente peronizados como una

suerte de golpe de Estado. Pero lo cierto era que los trabajadores y las grandes masas populares no habían depositado su confianza en Cámpora y los cuadros de esa pequeña burguesía democrática, sino en Perón.

Si hace casi cuatro décadas la tarea de superar el nivel histórico alcanzado por el peronismo no estaba en manos de la pequeña burguesía progresista, ¿lo está acaso en el presente? Ocho años de kirchnerismo indican lo contrario. En las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, los gobiernos de Perón desarrollaron un programa de capitalismo nacional hasta el límite de clase impuesto por el régimen de relaciones de propiedad. La negativa a superar ese límite, que entonces implicaba entre otras cosas la expropiación de la oligarquía terrateniente, determinó la derrota nacional de septiembre de 1955. En el presente, la empresa de concluir la revolución nacional iniciada en octubre de 1945 y profundizar las tareas democráticas y antiimperialistas sigue pendiente.

El núcleo duro del kirchnerismo, por su parte, promete la profundización de la experiencia gubernamental y lleva a un punto próximo a la ruptura la relación con el círculo dirigente de la central obrera, trabajando en dirección a un recambio de cúpula. Sin embargo, un cambio de guardia en la jefatura de la burocracia no significa de suyo profundización alguna. Por el contrario, la democratización de los sindicatos constituye una de las primeras medidas que debe adoptar cualquier gobierno que pretenda radicalizar, en un sentido nacional-popular, su programa. En 1973, el Frente de Izquierda Popular le planteó al gobierno peronista lo siguiente: declarar a los sindicatos en estado de asamblea, convocar a elecciones absolutamente democráticas, removiendo las trabas estatutarias y los manejos burocráticos que impedían la presentación de las listas opositoras y, posteriormente, convocar a un congreso de la CGT para que los delegados obreros, legítimamente elegidos, decidiesen la política y designasen a la dirección que habría de representarlos. El problema de la democratización de las organizaciones obreras sigue hoy vigente. Es la clase trabajadora, y no la pequeña burguesía progresista, la que constituye el eje de un gran realineamiento de masas, alistado para hacer frente a las exigencias de los monopolios y las presiones del imperialismo, y abrir el camino a las tareas nacionales y democráticas inconclusas, profundizándolas con un sentido socialista. ■

Si considerás que las estructuras político-económicas instauradas por el proceso cívico-militar iniciado en 1976 siguen vigentes gracias a la partidocracia; que es necesario construir un nuevo Frente Nacional Revolucionario, con base en la clase trabajadora y los sectores patrióticos; si rechazás los socialismos importados y creés que cada país construye su propio camino hacia la liberación, sobre la base de sus propias tradiciones históricas,

sumate a SOCIALISMO LATINOAMERICANO
www.izquierdanacional.org
contacto@izquierdanacional.org

Alberto Converti

Hasta siempre, compañero

El domingo 3 de julio por la tarde falleció Alberto Converti. Quienes conocen la historia militante de las últimas seis décadas saben que el nombre de Alberto ha estado indisolublemente ligado a la izquierda nacional desde sus orígenes. Converti se incorporó a nuestra corriente a finales de los cuarenta. Fue uno de los fundadores, junto con Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo, del Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1954, la organización desde cuyas filas el socialismo revolucionario sostuvo militantemente al gobierno popular del general Perón en vísperas de la contrarrevolución de septiembre de 1955. Caído y proscrito el peronismo, su periódico *Lucha Obrera*, hasta que fuera clausurado por la dictadura oligárquica, se convirtió en una voz de denuncia de los trabajadores y los oprimidos contra el régimen usurpador.

En los sesenta libró las batallas por la reconquista de la soberanía popular y la construcción de una organización revolucionaria de signo socialista como corriente independiente en el cauce nacional, democrático y antiimperialista de las grandes masas obreras y populares, desde las posiciones del Partido Socialista de la Izquierda Nacional.

Fue militante, dirigente y apoderado nacional del Frente de Izquierda Popular en la década de los setenta. El FIP fue la organización surgida en el curso del alzamiento de masas que despuntó en el Cordobazo y en las movilizaciones populares de provincia contra la dictadura de los tres comandantes, y Converti estuvo en las primeras líneas de esos combates. En los ochenta, dividida la izquierda nacional, fue uno de los fundadores del Movimiento Patriótico de Liberación, del que se alejó a principios de los noventa por su desacuerdo con el giro hacia el menemismo que imprimió Ramos a su corriente.

Converti formó parte activa de Socialismo Latinoamericano hasta que su salud, seriamente quebrantada, se lo permitió. Así y todo siguió vinculado a nuestra organización interesándose por cada uno de nuestros proyectos y por cada discusión en que nos embarcábamos; siguió, en condiciones muy difíciles, las alternativas de la política nacional y los cambios de tendencia en la política internacional. Todo aquello que tenía que ver con la lucha por liberar a la humanidad de los males del presente y construir un futuro sin desigualdad, discriminación y explotación fue asunto de su vivo interés. Sobre todo, conservó inquebrantable su confianza en los trabajadores y en la victoria del socialismo.

Converti fue un compañero excepcional. Mantuvo firmes sus convicciones hasta el final, en una época en que el pragmatismo y el posibilismo se convirtieron en la vía de escape, a través de la cual muchos antiguos militantes se asimilaban sin conflicto al orden existente y ajustaron sus ideas a los cambios en su situación material. Él estaba hecho de otra madera. Fue de aquellos siempre dispuestos a tomar el cielo por asalto, de aquellos que no se rinden y que, cuando el reloj de la historia marca el cambio de tendencia, se insertan firmemente en el curso de las crisis que provocan los grandes cambios de época. ■

Socialismo Latinoamericano
4 de junio de 2011

No hace falta parlamentarismo, sino una democracia basada en la real voluntad popular

En un país atrasado y dependiente, sometido a una subordinación de tipo semicolonial en materia política, económica y financiera, sólo un firme poder político, altamente concentrado y apoyado democráticamente en las grandes masas, está en condiciones de hacer frente a las presiones del capital extranjero, la alta burguesía nativa, los monopolios de la prensa y la diplomacia imperialista

Por ANDRÉS FERRARI

Los medios de prensa han anticipado que el gobierno está estudiando una reforma constitucional con la finalidad de poner fin al sistema presidencialista e inaugurar la era del régimen parlamentario. El ideólogo de la mutación es el juez Zafaroni, quien dedica los ratos libres que le dejan los asuntos de la Suprema Corte a crear el nuevo andamiaje institucional. El kirchnerismo cuenta con que logrará la aceptación del resto de los partidos porque, en definitiva, oficialistas y opositores coinciden en valorar el parlamentarismo europeo como ejemplo de virtud republicana. Un sistema de este tipo se presenta como más adaptado al cambio de las tendencias electorales y de respuesta más rápida ante las crisis institucionales. Por ejemplo, si un mecanismo semejante hubiera estado vigente en diciembre de 2001, sus partidarios seguramente dirían que hubiera bastado un voto de desconfianza en el Parlamento para despedir al primer ministro Cavallo, disipar la ira de los manifestantes y evitar el penoso espectáculo de un presidente escapando apresuradamente en helicóptero de la Casa Rosada.

Sin embargo, lo que no podrá conseguir un régimen parlamentario es resolver el problema de pérdida de representatividad que envuelve a políticos y partidos en Argentina. El cuadro es digno de mención. Bajo el imperio del cronograma de las urnas han saltado por los aires los proclamados principios, y en su lugar el apremio por resolver los aspectos prácticos del negocio electoral domina ampliamente la vida partidaria. Así, la Casa Rosada se ha transformado en una escribanía que confecciona las listas de candidatos a senadores y diputados nacionales sin intervención alguna de la militancia. En la Casa Radical, su postulante a la presidencia sacó cuentas y decidió enterrar la alianza que tenía en marcha con el gobernador Binner y selló un acuerdo con el neoliberal De Narváez, dejando el progresismo para mejor oportunidad. En el arco que abarcaba Proyecto Sur era tal la "riqueza de matices" que finalmente se produjo el estallido: la disputa por los cargos hizo que la Corriente de la Unidad Popular (De Gennaro-Lozano) y Libres del Sur acordaran con Binner y se fueran al Frente Amplio y Progresista que éste armara con Stolbizer y Juez, dejando a Solanas colgado del pincel. En el PRO, Macri digitó en forma afanosa las candidaturas, mientras hacía gala de su fe republicana y de su respeto a la soberanía popular, llevando adelante un plan para confinar las comunas porteñas en una posición puramente decorativa.

Pero si en Argentina el parlamentarismo no resuelve la pérdida de representatividad de partidos en franca decadencia, hay que advertir que tampoco está en condiciones de hacerlo en Europa. ¿Cuánta calidad institucional encierran los regímenes políticos en el viejo continente? No mucha, a juzgar por el trato que recibe la voluntad de los electores por parte de los gobiernos. Está a la vista, por ejemplo, el caso del Tratado Constitucional Europeo, rechazado por el voto

popular en varios referéndums, e impuesto finalmente como Tratado de Lisboa, mediante aprobación parlamentaria, con el mismo contenido neoliberal que había sido anteriormente repudiado. ¿Qué decir del papel de las llamadas calificadas de riesgo en la crisis actual, reservándose la decisión de aprobar o no el plan de la Unión Europea para reestructurar la deuda griega?

Democracia y revolución nacional

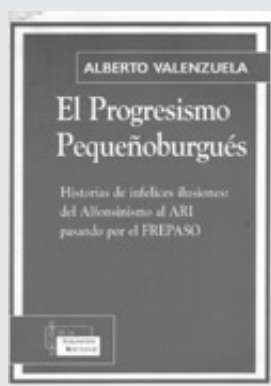
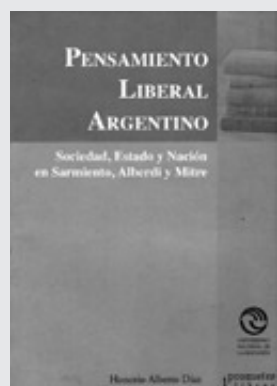
La tendencia a imitar los modelos metropolitanos ha sido una constante en la conducta de los dirigentes políticos nativos. Sin embargo, en el caso del kirchnerismo, la aproximación a la solución parlamentaria resulta ilustrativa. Una corriente que pretende identificarse con el peronismo, aunque con pretensiones de superación, debería tener en cuenta las lecciones políticas que arrojó la experiencia del movimiento que produjo las transformaciones más importantes que había conocido el país hasta mediados del siglo pasado.

Perón gobernó Argentina entre 1946 y 1955 poniendo en práctica un programa de capitalismo autocrático, basado en una política que nacionalizó la banca y el comercio exterior, estatizó parte de la renta diferencial de la pampa húmeda, amplió el mercado interno, redistribuyó el ingreso en favor de los trabajadores y las grandes masas populares, y facilitó el desenvolvimiento de la industria con crédito barato y protección aduanera. Para indignación de los fieles del culto republicano, ese programa no fue llevado a cabo siguiendo los procedimientos de la tradición institucional, sino apelando a una férrea centralización del poder que hicieron del gobierno una semidictadura de base popular. Tras la defensa de la República liberal, la libertad y la democracia se alinearon con los viejos partidos que en 1945 habían constituido la Unión Democrática, las grandes cámaras empresarias, la Iglesia, el imperialismo y los diarios de la oligarquía. ¿De qué lado estaba la democracia en ese conflicto? ¿Del lado de un régimen que se apoyaba en las grandes masas obreras y populares para llevar adelante un programa socialmente democrático y políticamente independiente, o junto a quienes clamaban por el respecto a las prácticas republicanas y obraban según las ideas y los intereses de los círculos oligárquicos?

En un país atrasado y dependiente, sometido a una subordinación de tipo semicolonial en materia política, económica y financiera, sólo un firme poder político, altamente concentrado y apoyado democráticamente en las grandes masas, está en condiciones de hacer frente a las presiones del capital extranjero, la alta burguesía nativa, los monopolios de la prensa y la diplomacia imperialista. El régimen parlamentario, por el contrario, tiende a disgregar esa expresión de voluntad colectiva que expresan los gobiernos populares, y a facilitar las maniobras de quienes, aferrándose a la formalidad institucional, materializan la resistencia de las viejas clases dominantes. Únicamente quienes no tienen otro fin que el de administrar un modelo de país que en esencia mantiene intactos los fundamentos económicos heredados de la década de los noventa, pueden buscar en el parlamentarismo la solución a los problemas de gobernabilidad producto de la irremediable pérdida de credibilidad de partidos e instituciones. En consecuencia, no serán ellos, sino los trabajadores y las grandes masas explotadas los que al poner en el orden del día las tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas, establecerán las bases de una nueva construcción constitucional y de una democracia de auténtica soberanía popular. ■

NUESTROS LIBROS

Para mayor información, escribinos a: contacto@izquierdanacional.org o visitá nuestra web: www.izquierdanacional.org



Las cosas se le hicieron fáciles a la derecha en Capital

Las elecciones del pasado 10 de julio en la ciudad de Buenos Aires arrojaron un resultado político inconfundible: el rechazo que el gobierno nacional se ha ganado en la ciudad puerto fue capitalizado en forma exclusiva por la derecha macrista, cuyo candidato sumó a los votos propios, provenientes de la clase media acomodada, los de todos aquellos que decidieron expresar su oposición al kirchnerismo a través de una candidatura mayoritaria. Tomando como referencia el padrón, que es lo que políticamente interesa, el PRO obtuvo el apoyo de 33% de los electores, el Frente de la Victoria de 20% y Proyecto Sur de 9%, contra una abstención de 29%, que sumado al de los votos en blanco, nulos e impugnados, redondea el 31 por ciento.


Respecto de esta inclinación general pro Macri, resultaron sintomáticas las declaraciones de Alfonsín llamando a votar por el jefe de gobierno en la segunda vuelta: “Si fuera porteño votaría en la opción –a pesar de nuestras claras diferencias con el PRO– a favor de la autonomía de la ciudad y contra las pretensiones hegemónicas del gobierno nacional.” El personaje es el típico oportunista lanzado a la caza de votos, vengan de donde vengan, según ya lo había puesto

en claro al cerrar su negocio electoral con De Narváez. Poco tiempo atrás, Macri era el límite para su sistema de alianzas; ahora está claro que no existe límite alguno para un partido momificado, cuyos dirigentes repiten monótonamente todos los lugares comunes del discurso progresista.

Sin embargo, no solo Alfonsín encuentra atractivo a Macri. La señora Carrió, más medida, no anticipó su decisión, pero de inmediato descargó una de sus frases memorables: “Los votos son de las personas y damos libertad de conciencia”. Después de esta generosa concesión a su electorado (2,3% sobre el padrón) fue al asunto que realmente le interesa: “Yo, personalmente, jamás daría mi voto al gobierno nacional”.

Si bien es cierto que el kirchnerismo ha logrado reunir en su contra a partidos que expresan una típica reacción conservadora, en el fondo la victoria de Macri se explica por la ausencia de una fuerza nacional-popular en condiciones de construir un campo antagónico al del círculo social de los grandes negocios que controla el gobierno de la ciudad. Este vacío, que no puede ser llenado por un kirchnerismo constreñido en los límites fijados en los años noventa, fa-

vorece la disgregación política de las capas empobrecidas de la sociedad porteña, como dejó en claro la victoria del PRO en las barriadas de mayor densidad popular.

Tampoco Proyecto Sur estaba en situación de hacerse cargo de la alternativa ausente. Ya en su mismo origen el emprendimiento de Solanas debió decidir en torno a una opción de hierro: o avanzaba como una corriente nacional, democrática, antiimperialista, o se estacionaba como un nuevo bloque de centro-izquierda. Solanas y sus amigos eligieron el segundo de estos caminos, y en ningún momento estuvieron dispuestos a trazar una línea de ruptura, a establecer una diferenciación radical que obrase como punto de partida para una construcción contrahegemónica, socialmente asentada sobre la alianza de la pequeña burguesía democrática con los trabajadores. Por cierto, ésta no es una tarea para partidos que por derecha o por izquierda reproducen con sus prácticas, sus políticas y sus ideas el orden social existente, sino para un nuevo realineamiento de masas que con banderas nacionales, antiimperialistas y socialistas lleven adelante un programa de transformaciones revolucionarias 

CONTRA LOS INQUISIDORES DEL SIGLO XXI

LOS FASCISTAS Y LA INDUSTRIA DEL HOLOCAUSTO

Por HORACIO DA SILVA

Cuando Luis D'Elía se presentó hace ya algunos años en la causa judicial por el atentado contra la AMIA (¿o contra la DAIA?) exigiendo que se investigara la hipótesis de un autoatentado, la presidenta declaró lo siguiente: “Los disparates son disparates, pongámonos contentos de estar en un país donde tenemos el derecho de decir disparates”.

Pero quienes no se pusieron contentos de que en el país se ejerciera el derecho a la libertad de opinión, son precisamente los que se llenan la boca solicitándola. El diputado Carlos Comi, del partido de Elisa Carrió, denunció a D'Elía “por violar la ley anti-discriminación y fomentar el odio contra la comunidad judía”. En igual sentido se pronunció el macrista Federico Pinedo, quien exigió que el INADI iniciara una investigación acerca de los últimos dichos de D'Elía sobre la comunidad judía. No podía faltar en este coro de obsecuentes, naturalmente, la voz de los patrones. El embajador israelí Daniel Gazit dictaminó que “las palabras del señor D'Elía se inscriben en la misma línea que sostiene su mentor Ahmadinejad, que niega el Holocausto”.

Hay que aclarar que el Holocausto al que se refiere el señor Gazit no es el que viene sufriendo el pueblo palestino desde hace más de medio siglo, cuando los sionistas se apropiaron de un territorio ajeno invocando derechos divinos concedidos a sus presuntos antepasados hace tres mil años. No. El Holocausto al que se refiere es el que sufrieron en el siglo pasado los judíos europeos, de cuya tragedia los sionistas se consideran gerenciadores vitalicios.

Holocausto: “negacionistas” y “exterminacionistas”

El cacareo sobre el holocausto cumple una función precisa en el nuevo orden imperialista resultante de la derrota de las potencias nazifascistas frente a las potencias “democráticas”: opera como “mito fundacional” que permite legitimar el statu quo y, particularmente, legitimar la existencia de ese engendro que es el Estado Sionista en Medio Oriente, en pleno corazón de la inconstituida Nación Árabe. Es esta función la que confiere un carácter reaccionario a todo el asunto. Por ejemplo, para no hablar de los muertos y heridos que las periódicas incur-

Hay que impedir que se obstruya el debate político e historiográfico con disposiciones legales represivas, como pretenden los que propician penalizar la “negación del Holocausto”. De ninguna manera ellos se proponen “combatir el fascismo”, como suelen decir, ¡ellos son el fascismo de nuestra época!



siones israelíes producen en Gaza, mejor hablemos de los “seis millones” de muertos en Europa hace más de medio siglo. Está claro en estas condiciones que la negación de esos seis millones no es un atentado a la “memoria histórica” sino a los intereses políticos presentes y futuros de quienes medran con esa memoria. Hay un libro estupendo que explica con rigor y claridad esta operación político-ideológica del sionismo y del imperialismo, que se viene repitiendo sin solución de continuidad al menos desde 1967: “La industria del Holocausto”, de Norman Finkelstein, editado en el país por Siglo XXI hace ya unos años.

Se pretende enviar a la cárcel a quien diga que no fueron seis millones los judíos asesinados por Hitler. ¿Habrá que mandar a la cárcel también a quien diga que no fueron 30 mil los desaparecidos en Argentina? ¿A los redactores del “Nunca Más”, por ejemplo, que dicen que los desaparecidos fueron unos 9 mil? ¿O a Pilar Calveiro, por ejemplo, que dice que fueron unos 15 mil? ¿O a Beatriz Sarlo, por lo que dice en el libro “Tiempo Pasado”? Si vamos a meter presos a todos estos negacionistas que hacen la apología del genocidio, ¿por qué no meter presos también a quienes en la escuela pública difunden las obras de Sarmiento y de José Ingenieros, por ejemplo, que procla-

man la superioridad del “hombre blanco” y exudan odio y desprecio hacia el argentino indígena y de tez morena?

Hay que impedir que se obstruya el debate político e historiográfico con disposiciones legales represivas, como pretenden los que propician penalizar la “negación del Holocausto”. De ninguna manera ellos se proponen “combatir el fascismo”, como suelen decir, ¡ellos son “el fascismo” de nuestra época!


El propósito que persiguen no es tatar la boca a los nostálgicos del nazismo, que son el adversario ideal que cualquiera desearía tener, sino a las fuerzas progresistas y de izquierda que empiezan a advertir la funcionalidad reaccionaria de la “industria del Holocausto”. Es aquí oportuno recordar que el fundador de los revisionistas –llamados “negacionistas” por la Historia Oficial– fue Paul Rassinier, un socialista francés que estuvo en un campo de concentración hitleriano, y que otro de los revisionistas más célebres es Roger Garaudy, el famoso filósofo marxista francés.

Hace un par de años el rabino Daniel Goldman declaró: “Nuestro país camina hacia una posición similar a la sostenida en el presente por Alemania, Austria y Francia, entre otros, sancionando penalmente a cualquier individuo que tergiversa la verdad histórica acontecida durante la Segunda Guerra Mundial”. Pero, ¿cuál es esa “verdad histórica”? ¿La que construyeron con su ejército de juristas, profesores, periodistas y expertos en acción psicológica los imperialistas triunfantes en la contienda? ¿Qué clase de razonamiento es el de estos nuevos inquisidores, que pretenden imponer a los investigadores el resultado de la investigación antes de que empiecen a investigar? ¿Por qué razón está permitido negar los crímenes de los belgas en el Congo, de los yanquis en Vietnam, de los chinos en el Tibet, de los Cruzados del siglo XI en Jerusalén o de los israelíes en Palestina, pero no está permitido “negar el holocausto”? Más aún:

¿por qué llamar “Holocausto” (un término con connotaciones bíblicas, metahistóricas) a uno de los tantos crímenes monstruosos que se han cometido en la historia de la humanidad? ¿Por qué nosotros, argentinos y americanos, que nacimos a la vida moderna con el exterminio de 50 millones de indígenas, vamos a considerar “único”, “especial”, “irrepetible” (“¿Se puede seguir pensando después de Auschwitz?”), filosofan y exageran muchos autores sionistas y filosisionistas) el exterminio de judíos europeos a manos del nazismo?

Contra los nuevos inquisidores

Hace unos años el Fondo de Cultura Económica editaba en nuestro país, bajo el título “Fascismo y Comunismo”, las cartas intercambiadas por dos historiadores académicos europeos de renombre: el francés Francois Furet y el alemán Ernst Nolte. Este último reflexionaba en los siguientes términos acerca de los autores revisionistas que en Europa son perseguidos y encarcelados por poner en entredicho las afirmaciones de la historia oficial: “Tengo un interés vital en que el revisionismo no tenga razón. Por eso me siento obligado a plantear la cuestión de saber si el revisionismo dispone de argumentos o si, de hecho, no es más que una agitación repleta de mentiras. No me asocio, entonces, a quienes quieren movilizar a los fiscales y a la policía en su contra”. Tras enumerar muchos de los aportes revisionistas a la desmitificación histórica (que en Auschwitz no murieron cuatro millones de judíos; que las confesiones de Rudolf Hoss, comandante del campo, fueron extraídas bajo tortura; que muchas de las denunciadas gasificaciones de prisioneros eran técnicamente imposibles de realizarse), Nolte concluye: “Debe responderse a los argumentos revisionistas con otros argumentos, y no iniciando proceso”. Tal vez esta misma convicción haya sido la que condujo al lingüista Noam Chomsky a prologar la obra de un reconocido revisionista como Robert Faurisson.

Los socialistas y los revolucionarios no proponemos mandar a la cárcel a quienes sostienen puntos de vista diferentes a los nuestros. Damos la batalla ideológica y derrotamos en el terreno de las ideas a nuestros enemigos. Anticipamos con las “armas de la crítica” la próxima y triunfante “crítica de las armas” 

VENEZUELA: LA REVOLUCIÓN ENTRÓ EN UNA FASE DECISIVA

Por OSVALDO CALELLO

La reciente publicación en Venezuela de dos artículos sobre la marcha del proceso bolivariano ha echado luz sobre el problema central que afrontan las revoluciones en los países atrasados. La importancia de estas opiniones reside en el hecho de que sus autores están absolutamente comprometidos con la suerte de la empresa que encabeza el presidente Chávez. Bajo el título *Rodear a nuestros especialistas pequeñoburgueses*, Basem Tajeldine recordó advertencias anteriores suyas sobre “las peligrosas desviaciones en las que incurrir algunos burócratas que han ido degenerando en el tiempo y cambiando de posiciones ideológicas”. Señaló que “una quinta columna interna pequeñoburguesa, reformista en esencia, ha ido creciendo, sumando incluso ‘cuadros’ técnico-políticos que creíamos ganados en un principio para la revolución, pero que han sido seducidos por la burguesía”. El otro artículo es una reseña de la intervención de Vladimir Acosta en la Radio Nacional de Venezuela. En su oportunidad, Acosta señaló la existencia de una suerte de viraje desde posiciones radicales de izquierda hacia otras cercanas a la centroizquierda, por parte del gobierno de Chávez. En uno de los pasajes más directos expresó: “El partido no existe, no tiene opinión política de ninguna clase. Se limita a ejecutar lo que el Presidente ha decidido”.

En septiembre de 2010, el Partido Socialista Único de Venezuela ganó las elecciones legislativas con 5,4 millones de los votos, 46% del total, contra 5,3 millones de la oposición unificada. Varias voces del oficialismo se apresuraron a calificar el resultado como un “triumfo contundente”. Sin embargo, respecto de las presidenciales de 2006, el chavismo había perdido 1,9 millones de votos, y en comparación con las regionales de 2009, 900 mil votos. Pero además, había sido derrotado en estados decisivos como Táchira, Zulia, Anzoátegui y Sucre.

Es cierto que el gobierno tuvo que afrontar ese año desafíos importantes: la crisis energética y la caída del precio del petróleo, a lo que se sumó el incremento de los precios internos, el desabasto y la inseguridad. Es innegable también que además de la oposición, el gobierno debió enfrentar una feroz campaña mediática dirigida a atemorizar a la clase media por parte de la prensa local y extranjera, reforzada por la injerencia finan-

La oligarquía, las grandes cámaras patronales, la rosca mediática y el imperialismo tienen el firme propósito de ponerle fin a la revolución. Frente a las corrientes de reflujo y reacción se levanta la voluntad de los trabajadores y las grandes masas populares que siguen confiando en Chávez. Allí reside la posibilidad de abrir un curso revolucionario que haga de la transición socialista un programa y una práctica concreta

ciera de las ONG que utiliza habitualmente el imperialismo norteamericano. Pero los problemas cruciales que por entonces saltaban a la vista no eran externos al proceso bolivariano, sino que tenían su centro de gravedad en el interior de ese proceso: en el partido y en el Estado. Por entonces, una rígida centralización partidaria había suprimido el debate, sofocado las posiciones críticas y sustituido una línea de masas por una política clientelar. A su vez, la burocracia del aparato estatal jugó un papel conservador, boicoteando o bloqueando medidas progresivas de interés para los trabajadores como el control obrero, el contrato colectivo de los empleados públicos o la Ley Orgánica de Trabajo; asimismo evidenciaba una sospechosa pasividad ante el asesinato de centenares de militantes sociales, obreros y campesinos.

El giro de la política exterior

Estos problemas siguen pendientes e involucran a la burocracia del Estado y del partido. No sólo influyen en lo interno, sino que, al parecer, han comenzado a pesar sobre la política exterior de la revolución venezolana. Son varios los hechos que así lo señalan: la entrega al gobierno de Colombia del periodista de la red ANNCOL, Joaquín Pérez Becerra, en el marco de un acuerdo con el presidente Santos para combatir la insurgencia colombiana; la censura de prensa con que se pretendió encubrir el procedimiento, la represión al equipo periodístico de Radio del Sur y la descalificación por parte de Chávez y su círculo áulico de quienes, desde el campo bolivariano, cuestionaron la decisión; la confirmación de esa política,



que ya había sido aplicada anteriormente a cuadros del ELN, en el caso Julián Conrado, militante de las FARC; la iniciativa conjunta de Chávez y Santos para readmitir en la OEA al régimen usurpador que gobierna Honduras... Una tendencia de reflujo amenaza el futuro de la revolución venezolana. Entre el lanzamiento de la V Internacional por parte de Chávez en diciembre de 2009 y los acuerdos con los gobiernos proimperialistas de Santos y Lobo, rompiendo todo principio de solidaridad con la resistencia colombiana y hondureña, media una distancia insalvable.

Venezuela está amenazada en el plano político, militar y económico por el imperialismo norteamericano. El bloqueo que impuso Washington a PDVSA y la advertencia de la senadora Ros-Lehtinen, representante de la canalla comunidad cubana en el exilio, acerca de que la medida es “el primer pequeño paso”, es sólo una evidencia más de que tanto demócratas como republicanos están dispuestos a sacar de en medio a Chávez, sea como sea. No importan las concesiones que el gobierno venezolano esté dispuesto a realizar. La suerte corrida por Kadafi, luego de haber aceptado todo tipo de imposiciones de parte del capital extranjero, el FMI y el Banco Mundial, es una lección de trágicas implicancias para el pueblo libio como para pasarla por alto. Por otra parte, ¿puede Chávez esperar que el jefe del régimen narco-paramilitar, el creador de los “falsos positivos”, cumpla el acuerdo de no agresión que guía su política hacia el gobierno colombiano? Pero al mismo tiempo, Chávez no debería ignorar que el giro de la política exterior de Venezuela habrá de repercutir inevitablemente en la moral y la decisión política en las filas del movimiento antiimperialista que en América Latina es

un punto de apoyo del régimen bolivariano. Ese apoyo será más necesario que nunca cuando el avance de la contrarrevolución amenace nuevamente las posiciones de la revolución venezolana.

El equilibrio bonapartista

Chávez es el jefe de una revolución que en lo sustancial lleva adelante tareas de contenido nacional, democrático y antiimperialista que la burguesía nativa ha rechazado emprender. Su respaldo social está entre los obreros, el movimiento campesino, las masas semiproletarias, los estratos bajos de clase media; en definitiva, en el pueblo que en abril de 2002 se volcó a las calles de Caracas para desbaratar el golpe de Estado organizado por la gran patronal, la Iglesia, la corporación mediática, la oficialidad proimperialista y la embajada norteamericana. Tiene el respaldo del ala nacionalista de las fuerzas armadas y ha convertido al aparato de Estado y a su burocracia en el instrumento político por excelencia para la realización de su programa. Como jefe de un frente de clases, Chávez ha alcanzado un grado apreciable de autonomía y se ha asegurado una alta concentración de poder. En los países atrasados, dependientes y semicoloniales, en condiciones de crisis que impiden a los círculos dominantes tradicionales seguir imponiendo su hegemonía a las grandes masas, pueden surgir equilibrios de clase de tipo bonapartista, similares a los que Trotsky estudió a la luz de la experiencia del gobierno de Lázaro Cárdenas en México, durante la segunda mitad de los años treinta. El gobierno de Chávez es una variante de este tipo de equilibrio. Su progresividad reside en la naturaleza de las tareas emprendidas y en las fuerzas sociales sobre las que se sostiene. Sin embargo, los equilibrios de esta naturaleza no son definitivos. No sólo están amenazados desde el exterior por las clases hostiles a la revolución, sino también desde dentro por el ala derecha del movimiento gobernante y por la burocracia que se ha desenvuelto y fortalecido en el aparato estatal, de cuyas filas se expresa la presión conservadora de funcionarios y dirigentes que pretenden congelar el programa de transformaciones en los límites alcanzados o más atrás, si fuera posible. En Venezuela, esta presión está presente y es la contracara de manifestaciones sintomáticas, como son la ausencia de una dirección colectiva, el desarrollo incompleto del sistema de cuadros, el carácter subalterno del partido, subrayadas dramáticamente a la luz de las posibles implicancias de la enfermedad de Chávez.

Así las cosas, no es aventurado afirmar que la revolución venezolana atraviesa una etapa decisiva.

Los partidos de la oligarquía, las grandes cámaras patronales, la rosca mediática y el imperialismo norteamericano tienen el firme propósito de ponerle fin, si es que no se les presenta una oportunidad antes, en las elecciones presidenciales del 2 de diciembre de 2012. No les resultará una tarea sencilla. Frente a las corrientes de reflujo y reacción se levanta la voluntad de los trabajadores y las grandes masas populares que siguen confiando en Chávez. En esa poderosa fuerza social reside la posibilidad de profundizar las medidas nacionales-democráticas, de reconvertir el Estado que aún sigue siendo el Estado de la IV República, establecer los órganos del poder popular y abrir un curso revolucionario que finalmente haga de la transición socialista un programa y una práctica concreta. ■

Cuadernos de la Izquierda Nacional, solicitalos en: www.izquierdanacional.org

INTERNACIONALISMO, NACIONALISMO Y LATINOAMERICANISMO

Roberto A. Ferrero
Gustavo Cangiano
Oswaldo Calello

“He propuesto una visión del mundo desde aquí, desde nuestro lugar. El mundo ayudará a ver el mundo desde nuestro grupo lingüístico y a comprender nuestro papel. El de América Latina es otro planetario, que arroja a las grandes potencias a los anales del planeta. Es preciso incorporar a los hábitos del pensamiento argentino la capacidad de ver el mundo desde nosotros, por nosotros y para nosotros.”

Auro Jauregui

Cuadernos de la Izquierda Nacional 7
www.izquierdanacional.org

MILITARES, POLITICA Y DESARROLLO NACIONAL

La politización —en su sentido más amplio, el del interés por los asuntos de la sociedad en la que se vive— de las fuerzas armadas es una necesidad imperiosa. Cada soldado debe tener plena conciencia de para qué empuña su arma; debe tener la formación histórica, política, económica y social que le permita discernir cuándo está sirviendo a los intereses de la nación y cuándo se convierte en mercenario de las minorías aliadas a intereses extranjeros.

Cuadernos de la Izquierda Nacional 6
www.izquierdanacional.org

LEÓN TROTSKY
El legado de un revolucionario

Protagonista principal de los acontecimientos revolucionarios de 1905 en la vieja Rusia zarista, y en las revoluciones de febrero y octubre de 1917, León Trotsky fue, junto con Lenin, la personificación de un proceso de profundas transformaciones de carácter político, social, económico y cultural, anuncio de que una nueva era en la historia de la humanidad se había iniciado. Jefe del Ejército Rojo victorioso contra los ejércitos blancos de la contrarrevolución y la invasión imperialista, opositor resuelto, desde el poder y desde el exilio, ante el terrorismo soviético y la degeneración estalinista, agitador y publicista de encendida elocuencia, la figura de Trotsky resurge bajo una luz intensa en una época en que el “positivismo”, el “pragmatismo” y el “seguidismo” parecen ser la moneda corriente de la política.

Cuadernos de la Izquierda Nacional 5
www.izquierdanacional.org